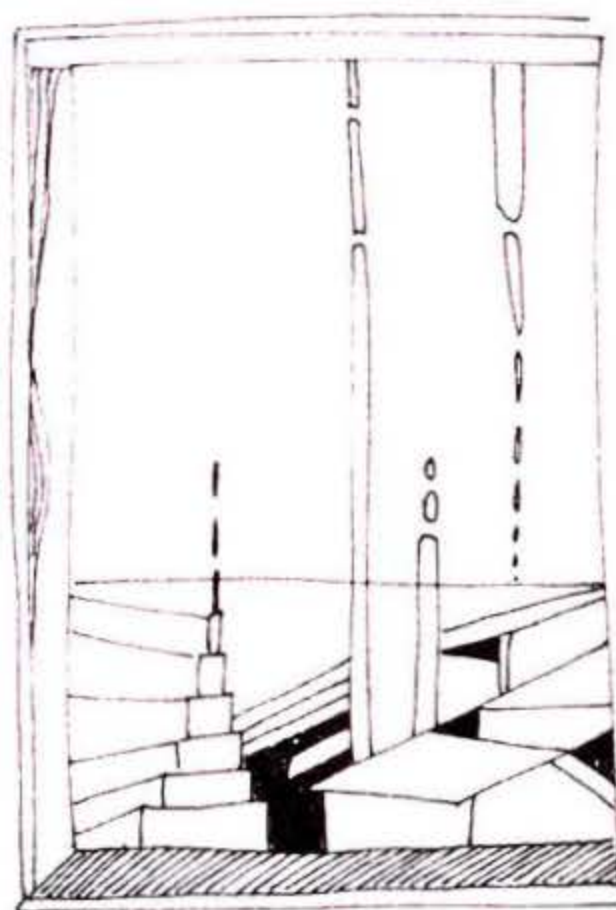


El trabajo que hicieron con la comunidad que llamaron "investigación-capacitación", consistió en dar un cuestionario que está transcrito al final del segundo volumen, para que lo desarrollaran dentro de la comunidad, utilizando como fuente principal la tradición oral. No hay ningún indicio de que hayan utilizado otras fuentes, a excepción de las empleadas para la elaboración de los mapas y planos, que no se especifican.



Los trabajos son la resolución del cuestionario para Nuquí, Bahía Solano y los barrios populares de Quibdó. Son muy interesantes, porque dejan ver lo que las personas de la comunidad piensan sobre su propio territorio y su organización social.

Es interesante este trabajo, no sólo por su intento de aporte a la comunidad en la medida en que, como ya indiqué al comienzo de este escrito, estaba enmarcado en la redacción de la ley 70 y ésta afecta en algún sentido a los grupos a los cuales se estudió, sino porque además trata de abrir una puerta a la *real* participación de las comunidades en la producción de conocimiento sobre ellas, que *debe* ser, además, *para* ellas, sino también en la participación de éstas en la producción de las leyes que de una u otra forma entran a regir sus vidas, teniendo en cuenta que el Estado hace un montaje sobre el "cuento"

(porque es un "cuento" ¡y hasta mal echado!) de la participación, que no es real, que se queda en la ilusión creada y en la mentira oportunista para lograr la aceptación de medidas que generalmente lo único que conllevan es retrocesos o pérdidas de los logros obtenidos en las luchas sociales.

Ahora bien: entre los puntos criticables, es de resaltar que, así como es evidente la preocupación por definir claramente términos como *territorio*, *cultura*, *identidad*, *etnia*, hay una confusión con los términos que definen a las poblaciones a las cuales se refieren. Afrochocoanos<sup>1</sup>, afrocolombianos y negros son utilizados como sinónimos, pasando por alto, por un lado, las discusiones académicas en torno al tema (véanse los trabajos al respecto de Jaime Arocha, Eduardo Restrepo, Peter Wade, Anne Marie Losonczy por citar algunos nombres<sup>2</sup>) que muestran cómo éstos tienen una gran significación política, racial y antropológica. Por otro lado, no se reconoce cuál es la referencia con la cual se definen los integrantes de estas poblaciones sobre ellos mismos, lo cual es muy interesante, en la medida en que términos como *afrocolombianos* son una invención de intelectuales, referencias que poco o nada han tenido que ver con las comunidades y la asimilación o no de éstas por parte de ellas. También este término de *comunidades*, que yo también utilizo, es problemático, como se puede ver en el artículo de Eduardo Restrepo "Territorios e identidades híbridas", en *De montes, ríos y ciudades*, libro publicado por el Ican, Fundación Natura y Ecofondo (1999), aunque la discusión en torno a este término es mucho más antiguo en el ámbito antropológico, como se puede observar en lo expuesto por este autor y la bibliografía en el artículo a que hago referencia.

Por último, quiero hacer notar que la edición tiene problemas en cuanto a redacción y digitalización, que se podrían enmendar con una adecuada corrección de textos. Debo anotar que, sin embargo, hay una "extensa" fe de erratas, que no sería

necesaria si el libro hubiera tenido una cuidadosa revisión editorial.

LEONARDO MONTENEGRO  
Profesor adscrito,  
Universidad Nacional de  
Colombia

1. En este escrito he mantenido las referencias que critico siguiendo el texto como fue construido.
2. Me tomo el atrevimiento de recomendar algunas lecturas introductorias al tema —o a la discusión si se prefiere—, como son: "Concheras, manglares y organización familiar en Tumaco", en Cuadernos de Antropología, núm. 7, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, del profesor Jaime Arocha. De este mismo autor, "La inclusión de los afrocolombianos, ¿meta inalcanzable?", en *Los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1999. De Eduardo Restrepo, artículos como "Invenciones antropológicas del negro", en Revista Colombiana de Antropología, vol. XXXIII, Bogotá, 1996-1997, o "«Afrogénesis» y «huellas de africanía» en Colombia", en Boletín de Antropología, de la Universidad de Antioquia, vol. 11, núm. 28. Para una búsqueda de material bibliográfico sobre el tema, remito a la recopilación hecha por el antropólogo Eduardo Restrepo sobre "Poblaciones negras" (como está titulada), la cual se puede encontrar en la página de la SEIAAL de estudiantes de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia en Internet.

## Las cabezas perdidas

Wayuu. Cultura del desierto  
colombiano

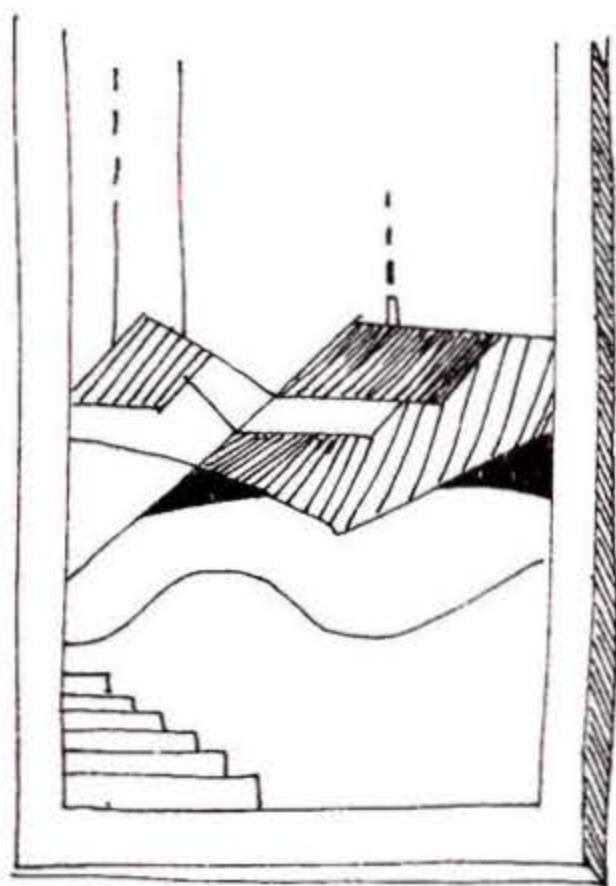
Santiago Harker

Villegas Editores, Bogotá, 1998,  
192 págs., il.

Al proponer la confusión y la multiplicidad o ausencia de significados, el surrealismo opta por lo incognoscible, lo aparente y onírico. Lo intuitivo y poético configuran otra realidad. Al cambiar de lugar, las cosas alteran su significado y desorientan al espectador. Sus cualidades surrea-

listas, por las que todo flota como en un espejismo y usted no puede estar seguro de nada, hacen de la costa Atlántica un paraíso para fotógrafos, pintores, escritores, poetas y aventureros. La luz inventa colores que nunca más se volverán a ver; la brisa desplaza imprecisas formas en el horizonte, y un espíritu burlón le baraja a usted los días en insólito juego de magia y sorpresa.

La Guajira es una de esas regiones únicas, sin par en el mundo, que remiten a una geografía de leyenda y constituyen un tesoro de imágenes para fotógrafos y camarógrafos, aficionados y profesionales. Con el atractivo adicional de que hay en ella una legendaria aspereza, proveniente de su condición desértica, que induce a los arijunas (forasteros) a exponer su imaginación a unos peligros que en realidad no existen. De vez en cuando el temor y la torpeza atraen el insuceso (palabra inexistente, porque no es lógica), y ahí tiene usted un lugar tan peligroso que resulta absolutamente imprescindible ir a visitarlo.



Un excelente fotógrafo, digo más, un artista, por tanto un poeta de la imagen, fue, vio y grabó en sus placas los episodios que componen el libro al cual se refiere esta reseña. El prestigio del editor les proporciona un lujoso marco.

La obra comprende ciento cincuenta fotografías en gran formato, más viñetas, una introducción infor-

mativa por Weidler Guerra Curvelo (antropólogo) y un índice fotográfico que revela el diseño en detalle y añade textos ilustrativos como el que corresponde a las páginas 46/7:

*En términos reales, el precio de la sal ha disminuido en forma dramática este siglo [sic]. Hoy en día, un bulto de sesenta kilos, puesto en el camión, tiene un valor aproximado de setecientos pesos, precio ligeramente superior a lo que cuesta una libra en el supermercado. La necesidad y el gran número de charcas ha hecho que el negocio bueno sea para los intermediarios de Maicao.*

Las denuncias sociales en letra pequeña, en un libro de lujo, son caridad inocua, puesto que ha sido hecho para personas a quienes sólo interesa el preciosismo de la fotografía, no el modelo, y que piensan como Oscar Wilde: "Es un hecho desdichado, pero auténtico, que la gente pobre no tiene la menor conciencia de su calidad pintoresca".

El paisaje de la península guajira, "agreste y hermoso, salvaje y ensañador", como lo define muy bien Víctor Bravo Mendoza, muestra que hubiera podido convertirse en destino turístico desde hace mucho. No se ha hecho así, porque la iniciativa nacional es pobre en materia de turismo; por el escaso interés de la capital en las regiones apartadas; y por un falso sentido de defensa de la comunidad nativa, que de todos modos se ve asediada por las poderosas influencias culturales externas.

Nunca me ha convencido, debe repetirse, la defensa que se hace de los pueblos indígenas en el sentido de preservar sus culturas ancestrales. Es una admiración fingida, con las peores intenciones; un respeto aparente, hipócrita e interesado. Es, en realidad, la mezquina avaricia de no compartir con ellos la civilización en nombre de la cual fueron despojados una y otra vez de sus despojos. Conviene mantener a las tribus indígenas en sus menguadas reservas y primitivas condiciones, a fin de ir periódicamente a fotografiar su ra-

reza para adornar con ella nuestras lujosas ediciones de fin de año y hacer el negocio del siglo.

Es, pues, un libro espectacular, de panorámicos y truculentos escenarios, para ser tratado con guantes negros. Fotografía artística, más que documental. La parte documental se confía al texto, cuyo autor queda relegado a segundo plano. Lo que importa es el fotógrafo y la edición. No los wayuu. Los wayuu son el pretexto para que el fotógrafo se luzca, como podría serlo cualquier otro tema. El libro no documenta una cultura. Es lo que es: una exposición de sofisticadas y vanidosas fotografías de almanaque, tomadas en la alta Guajira. Quien lo vea, sólo puede admirar con ojo de turista y estar conforme. O con ojo crítico de fotógrafo. En cuanto al editor, su trabajo se reconoce cada vez con los mayores elogios, por lo cual no es necesario repetirlos.



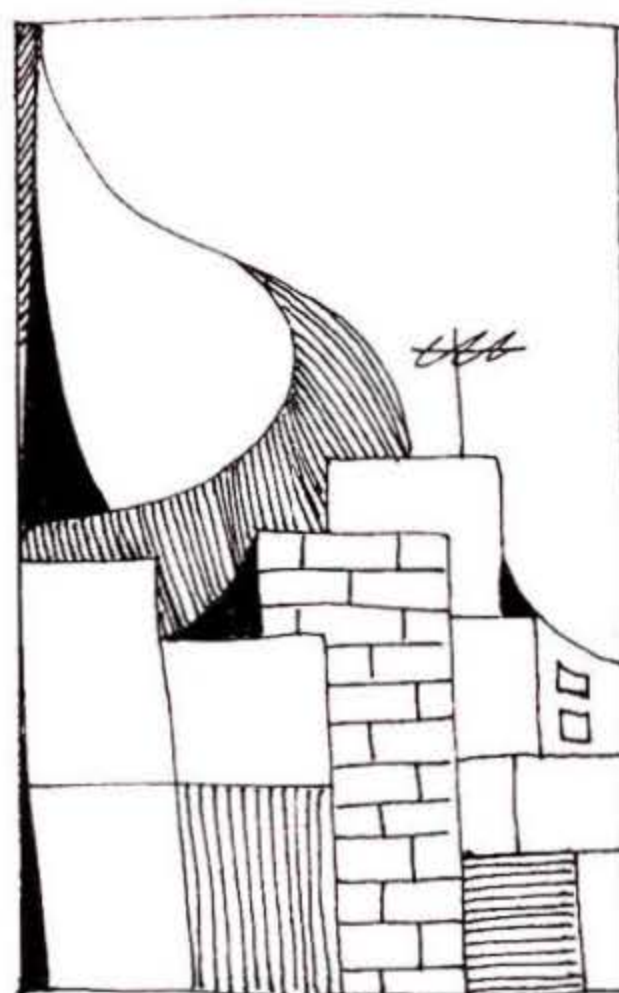
A la fotografía documental le hace falta la asesoría del etnólogo, no a posteriori, sino durante el trabajo de campo. La intuición y la experiencia no bastan. Las culturas primitivas son más complejas que las culturas avanzadas, porque tienen dioses. Cuando los dioses desaparecen, todo se reduce a comer, dormir y lo otro. El fotógrafo, doblado de etnólogo e historiador, vería el fogón del rancho, prendido toda la

noche; la gente ahí sentada, despierta, vigilando; y el visitante seminómada que llega a las tres de la madrugada, para eludir el viaje a pleno sol. A las cuatro, cuando se anuncia el amanecer, iría al mercado de carne de tortuga, que no es tan feo para el arte. Lo demuestran Norman Mejía y algunos pintores de la Amazonia. El plano urbanístico rectangular crea ciudades en dispersión. El trazado circular del poblado indígena define una cultura concéntrica. Así es Uribia: "salvaje, soñadora y bella", como dice el soneto. Y en los cementerios, a pesar de la intrusión de la cruz, y del baldosín que resulta protector contra la arena del desierto, los difuntos no esperan la resurrección, sino la segunda muerte, como lo explica Michel Perrin en su libro *Por el camino de los indios muertos*. El francés supo ver a los wayuu mucho mejor que cualquier cachaco. Para él, los indios tienen alma; es decir, cultura. Para nosotros, sólo tienen sal y medio burro. El que alcanza a asomar la cabeza por el extremo de una fotografía, para decir que él también está allí, y que algo tiene que ver con esas gentes. Gentes despóticas y ruidosas, porque todo eso se lo ha enseñado el viento, que les tira de los cabellos. Pero que creen en los sueños y veneran a los muertos, que son su memoria. Memoria rencorosa para un pueblo dividido por su violencia. La introducción resalta esa particularidad: odios y venganzas heredados y compartidos. Con una excepción: las noches de luna llena. En las noches de luna no se guerrea, por respeto a la belleza de la noche. No digo sobrecogedora, o embrujadora ni nada, sino la noche de luna llena en la Guajira, que mientras usted no la haya visto no sabe de qué estamos hablando. Las distancias se alejan en el *luar*, las sombras alárganse desmesuradamente, y usted se desubica cuando todo se le vuelve indescifrable. Aparte de que las sombras nocturnas son almas, y si usted las pisa le atraen un maleficio. Mi tío Emmanuel pisó la sombra de una majayura y se convirtió en lagarto. La supers-

tición se alimenta con sucesos que nunca se aclaran en la soledad de la pampa, y se forma la leyenda. Cualquier cosa puede suceder en una tierra donde hay médanos caminantes que se tragan en pocas horas los desmazalados ranchos, "que anochechen visibles y amanecen bajo tierra", y donde los brujos forcejean con los vientos, como cuenta José Fernando Vergara Solano en este desordenado episodio:

*Era un huracán de vientos cruzados: lo tenían loco las oraciones que los brujos de la región le aplicaban para retirarlo. Los brujos del sur, con sus oraciones, lo aventaban para el norte; y los brujos del norte, con las suyas, lo devolvían hacia el sur.*

Lo cual demuestra una forma de vida bastante complicada.



La originalidad que se busca en cada fotografía con la aplicación de una fórmula que explora sus variantes, desvirtúa el documento y lo convierte en pastiche de Buñuel, Fellini, etc. No hizo Rulfo eso: se limitó a la veracidad con sencillez, y, sobre todo, con la modestia honrada de la cámara, que nunca pretendió desnaturalizar lo que veía.

El insólito detalle que se agrega a la sorpresa, el encuadre que define el escenario, y el amplio marco

negro que contrasta los efectos de luz y color, todo contribuye a configurar un exotismo prefabricado y artificioso, tanto por lo que ignora como por aquello que acentúa.

Aparte de los recursos técnicos y artísticos, magistralmente empleados, lo que confiere mayor dramatismo a la obra es la ausencia del fotógrafo. Sus palabras hubiesen llevado a participar de la aventura al espectador, evitando la impresión de solemnidad, que siempre es sospechosa, sobre todo en el negro de las páginas, tan contrario al sol resplandeciente del Caribe. Pero el color negro tiene una razón comercial. Ese negro está de moda. Paredes negras, baños negros, ropa negra. Pasado el color blanco, se vive la etapa del negro.

En un local de la calle San Juan, en Medellín, hay un aviso inquietante: "Servicio de guillotina 24 horas". Llevo instintivamente mi mano al cuello. Es lo que hago al mirar las fotografías que se comentan. Recortar las figuras humanas arbitrariamente, sólo para que un traje sin cabeza sirva a los propósitos estéticos del fotógrafo, no es una violencia menor. Las víctimas no lo verán, pero si lo vieran, lo sentirían. La edición de fotografías debe respetar las figuras. Cuando se deja de un pensador sólo la cabeza, es porque el resto, atrofiado, no importa. Cuando la mujer conserva del esposo sólo el retrato de medio cuerpo, es porque el resto ya no importaba. En mi Quijote hay una viñeta con el brazo cortado de Cervantes. Un conocido autor sólo colecciona espaldas de mujeres, y también hay los fetichistas de pies (pág. 136). La puesta en escena lograda con el reemplazo de bastidores y bambalinas por las vistosas y flotantes mantas guajiras lleva a pensar en el extraño caso de la princesa wayuu descuartizada por el fotógrafo.

Algunos wayuu todavía creen que la fotografía les roba el alma, que sin embargo están dispuestos a vender fácilmente por unos cuantos pesos en esta época de ganados flacos.

Lo anterior, desde el punto de vista del poeta al que no le gusta la gen-

te sin cabeza. Pero ha de saber usted que entre los wayuu no se permite fotografiar el rostro, pues se cree que el alma escapa por la imagen. Así que, si usted toma la fotografía, tendrá que pagarle al wayuu su alma con la suya. Esa explicación falta en el libro para que el fotógrafo que quiera rectificarlo cometa el error y pierda la cabeza.

JAIME JARAMILLO  
ESCOBAR

## El uso ético de la razón

### Democracia, derechos humanos, derecho internacional humanitario

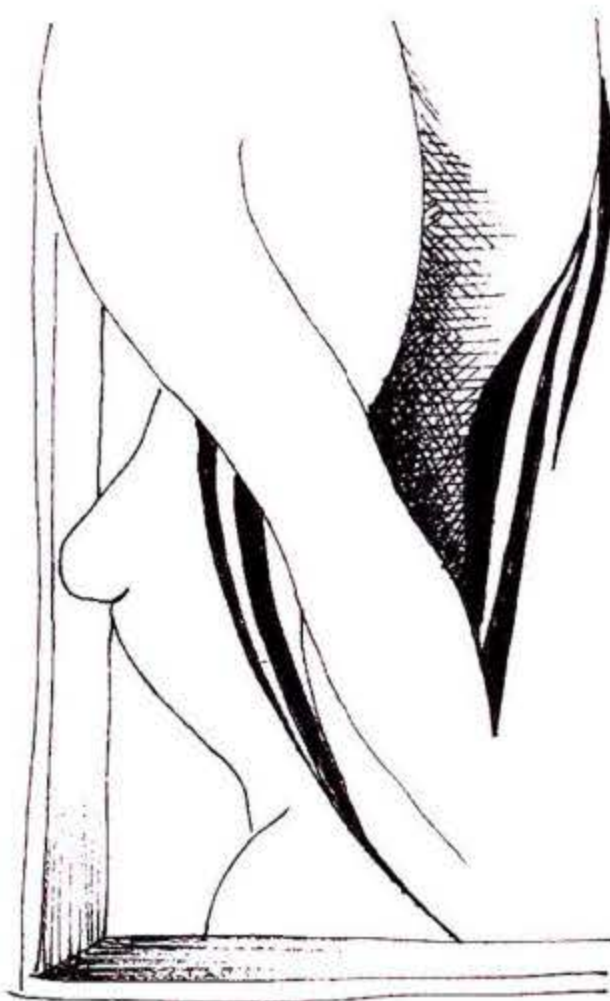
Miguel Rujana Quintero (comp.)

Universidad Libre, Editorial Kimpres, Bogotá, 2000, 398 págs.

Con el auspicio de la Universidad Libre, su facultad de filosofía, a través de la cátedra Gerardo Molina, realizó un programa académico que permitió presentar y exponer los cuidadosos y elaborados análisis, desde las perspectivas de la universidad y la sociedad, y que permitió explicar y dar respuesta a los interrogantes del astroso y lamentable estado de cosas de Colombia, que algunos llaman grave conflicto armado, y otros un país en guerra.

La Universidad Libre, preocupada por el presente y el futuro del país, tuvo a bien detenerse sobre esta circunstancia y hacer conciencia de ella, para lo cual invitó a un grupo de colombianos a que, en conferencias, presentaran sus análisis del conflicto interno colombiano y ofrecieran caminos de optimismo y de solución. Participaron Hernán Felipe Prieto, Rubén Jaramillo Vélez, Carlos Eduardo Maldonado, Miguel Rujana Quintero, Numas Armando Gil, Darío Botero Uribe, Víctor Manuel Moncayo, Juan Guillermo Gómez, Carlos Gaviria Díaz, Eduardo Ci-

fuentes Muñoz, Alejandro Reyes Posada, Rodrigo Pardo, Pedro Valenzuela, Álvaro Mendoza, Clemencia Bonilla, Lisbeth Ahumada, Ramón Pérez Mantilla, Gonzalo Cataño, Álvaro Echeverri, Mario Baena, Jorge Enrique Correa, Tiberio Álvarez, Carlos Niño, Iván Torres, Jaime Escobar Triana, Gustavo García Cardona, Luis Salamolens, Wolfgang Shone, Luis Felipe Jiménez, Boris Bustamante, Óscar Julián Guerrero, Damián Zaitch, Rolf Abdel Halden, Eduardo Kronfly, Luca d'Ascia y Fernando Savater.



Junto con ellos intervinieron los profesores y autores del texto que presentamos en esta oportunidad y cuyos temas son, como lo dice el título, *Democracia, derechos humanos, derecho internacional humanitario*.

El libro está precedido de un texto de Emmanuel Kant, tomado de *Ideas para una historia universal en sentido cosmopolita*, que nos recuerda en dónde hallar el origen de las querellas, disputas, conflictos y violencias que marcan a nuestro país. Una parte de ese texto dice:

*El medio del que se sirve la naturaleza para llevar a cabo el desarrollo de todas sus disposiciones es el antagonismo de éstas dentro de la sociedad, en la medi-*

*da en que ese antagonismo acaba por convertirse en la causa de un orden legal de aquellas disposiciones. Entiendo aquí por antagonismo la insociable sociabilidad de los hombres; esto es, el que su inclinación a vivir en sociedad sea inseparable de una hostilidad que amenaza constantemente con disolver esa sociedad. Que tal disposición subyace a la naturaleza humana es algo bastante obvio.*

A. En la sección DEMOCRACIA, se reúnen los aportes de los profesores Víctor Florián, “¿Hasta dónde de la tolerancia?”; de Guillermo Hoyos Vásquez, “Hacia la paz, perpetuamente”; de Carlos Eduardo Maldonado, dos trabajos: “Democracia, paz y complejidad” y “La distinción entre población civil y sociedad civil”, y de Darío Botero Uribe, “Vida y democracia”.

Esta sección recoge los análisis desde la filosofía a los conceptos de vida, sociedad, democracia, tolerancia, paz y sociedad civil. Las perspectivas desde las cuales se analizan aquellos conceptos le dan al lector el horizonte conceptual y los instrumentos para acercarse a la realidad del conflicto armado que vive nuestro país. En lo que respecta a la filosofía, ésta nos evidencia las carencias de la sociedad colombiana, que la colocan ante esa realidad.

I. El profesor Florián pregunta: “¿Cuales son nuestras posibilidades de instaurar la tolerancia?”. En su exposición ha hecho un ejercicio indagando el origen de la palabra y cómo se formó el concepto ‘tolerancia’ y alcanzó su significación política y social. Se trata de una palabra derivada del latín, *tolerantia*, cuya raíz, el verbo *tollo*, significa ‘levantar un peso’ y también ‘soportar’. “A finales del siglo XIII (1295) apareció el adjetivo *intolerable*, en el sentido de insoportable. El término positivo *tolerable* lo introdujo más tarde, en 1355, Nicolás Oresme, obispo de Lisieux, quien además es el creador de *tolerancia* (1380). Finalmente apareció el verbo *tolerar* (1393). El contexto de aparición del término es el de las guerras de reli-